

Anacaona creía haberla perdido para siempre.

Después de saber la desastrosa muerte de Guarionex, había buscado à su hija sin hallarla.

Higuanamota estrechó con efusión à su madre.

Su alegría contrastaba con la tristeza de la pobre reina.

—¡Madre mía! dijo la jóven. El agua del bautismo me ha purificado. El butio de los españoles me ha enseñado à rezar, y me ha indicado los medios de alcanzar la felicidad eterna en el cielo. El ha bendecido mi union con Hernando de Guevara; ya soy su esposa, y él ha ofrecido amarme siempre, llevarme à su país. Tú vendrás con nosotros, y mi felicidad consolará tus desventuras.

—¿Qué has hecho, desgraciada? exclamó Anacaona. ¿Has abandonado la fe de tus padres, te has unido para siempre con el extranjero, con el destructor de tus hermanos?

—El es bueno, madre mía.

—¡Oh! No, si hubiera sido bueno, hubiera venido à auxiliarnos, nos hubiera defendido de los suyos, y aun cuando le he buscado en el combate, no le he hallado.

—Estaba prisionero por habernos defendido; no dudes que me ama, no dudes que desea mi bien.

Alégrate, madre mía, alégrate, porque tu hija ha alcanzado la felicidad.

Anacaona sintió agolparse à sus ojos las lágrimas de la desesperacion.

Pero ¿tenía derecho para turbar la dicha de su hija?

No; respetó su ventura, y la dejó entregada à sus ilusiones, mientras ella fraguaba con Guaorocaya y los demas caciques el medio de libertar à su patria del yugo de los extranjeros.

CAPITULO XLI.

Donde se prueba una vez más que no hay mal que por bien no venga.



Como se dijo anteriormente que un acontecimiento inesperado ofreció à Colon la realizacion de una gran parte de los sueños que había concebido.

Para dar cuenta de este fausto suceso, necesito poner al corriente à los lectores de una extraña circunstancia.

Uno de los oficiales que había llevado Colon en su compañía à la Isabela, se llamaba Miguel Diaz, y era un aragonés de pura raza.

En la batalla que había dado el almirante à los indios en las llanuras de Bonao destruyó su ejército, y dominando toda la parte llana de la isla, se había portado como un héroe.

Ojeda, deseando tenerle en su compañía, había obtenido de Colon que le destinase al fuerte de Santo Tomás.

Podría tener el aragonés unos veintiocho años.

Era alto, grueso, corpulento, de músculos de acero, y à estas cualidades de la fuerza reunía unos ojos negros, rasgados, vivos, una abundante cabellera negra, facciones correctas y expresivas, que le hacían pasar por un buen mozo en toda la extension de la palabra.

Era además valiente, noble, franco, generoso, y adoraba à su patria.

Entre los oficiales que había en el fuerte à las órdenes de

Ojeda, se hallaba un vizcaino, tambien valiente y generoso, pero de un carácter díscolo, intransigente y pendenciero.

Llamábase Timoteo Ubarburu.

Desde el primer momento inspiró Miguel Diaz á sus compañeros grandes simpatías, y esto bastó para que Ubarburu le mirase con malos ojos.

Una tarde estaban reunidos los dos con seis camaradas más al pié de la fortaleza, y entretenían sus ócios jugando á los dados.

Diaz ganaba á Ubarburu, y sus compañeros parecían entusiasmarse al ver que la suerte le favorecía.

Esco amostazaba un tanto al vizcaino.

Ubarburu empezó á maldecir, y sus juramentos eran recibidos con sonoras carcajadas.

—Decididamente no teneis suerte, le dijo uno.

—No os favorece, añadió otro, porque la suerte es una jóven muy bien criada, y al oír vuestras palabras se estremece y os abandona.

El vizcaino redoblaba sus juramentos.

—Cualquiera diría que erais avaro, exclamó Diaz.

—Lo que ménos me importa es el dinero. Lo que me duele es que me gane.

—Vamos, sed franco; no es cuestion de amor propio sino de maravedís.

—¡Voto á mil diablos! Os engañais.

—Sí, todos los vizcainos tienen fama de ser avaros.

—Poco á poco, exclamó Ubarburu, todo lo consiento ménos que hableis mal de mis compatriotas. No valen todos los aragoneses juntos lo que un solo vizcaino.

Una sonora carcajada acabó de irritar á Timoteo.

—No juego más, dijo éste levantándose amostazado.

—¿Temeis perder las últimas monedas?

—Temo no tener paciencia para soportar vuestras burlas, y como yo me enfade....

—¿Qué va à pasar? dijo Diaz adelantándose hácia él en actitud provocadora.

—Veo que quereis perder lo que llevais ganado.

—¿Cómo es posible eso?

—Muriendo à mis manos.

—Ni vos, ni todos los vizcainos juntos sois capaces de ponerlos delante de un aragonés.

Timoteo, que era naturalmente pendenciero, aceptó el reto de Miguel Diaz.

—Me hablais de esa manera porque sabeis que, ántes de que tuviéramos tiempo de cruzar las espadas, nos arrestarian.

—No lo creais; aquí teneis seis camaradas, y vendrán con nosotros hasta el bosque inmediato. Allí nos batiremos, y ellos nos servirán de padrinos.

—¿Luego me provocais?

—Estoy cansado de oír vuestras bravatas, y me teneis á vuestra disposicion.

—En marcha, dijo el vizcaino.

—Venid, amigos, venid, repuso Diaz.

Las cosas habian llegado á tal extremo, que era imposible retroceder.

Se trataba de una cuestion de honor, y aunque iban á arriesgarse mucho, no quisieron abandonar à los dos adversarios.

Se dirigieron hácia un bosque que empezaba en la márgen del rio, y allí, ocultos de las miradas de todo el mundo, escogieron el terreno á propósito para cruzar sus armas.

Los padrinos convinieron en las bases del desafio.

No debia de ser á muerte, porque no habia motivo bastante entre ellos para que llegase la lucha à aquel extremo.

Se convino en que se pararian en el momento en que cualquiera de los dos fuera herido.

Midiendo las espadas las entregaron á los adversarios, y éstos se pusieron en guardia y comenzaron á luchar.

No era corto de brazo Timoteo.

Diestro en el manejo de las armas, marcaba cuchilladas y estocadas terribles á Miguel Diaz.

La lucha se prolongaba.

Diez minutos habian trascurrido, y todavía estaban en pié los combatientes sin ánimo de rendirse.

Timoteo se fué á fondo, y la punta de su espada estaba á una línea del pecho de Miguel.

Pero éste, huyendo el cuerpo, despues de defenderse de su estocada, cayó como un leon sobre su adversario y le atravesó el costado derecho.

Ubarburu cayó en tierra bañado en sangre.

Los padrinos le recogieron y le llevaron hasta la fortaleza, donde despues de prodigarle los auxilios convenientes, se presentaron á Ojeda para manifestarle lo que habia pasado y ponerse á sus órdenes.

Sintió el valiente capitan que soldados tan aguerridos como aquellos empleasen la fuerza y derramasen la sangre por cosas tan fútiles como la que habia dado lugar al desafío.

Indignado con ellos, pero fiado en su palabra, les mandó que inmediatamente se dirigieran á la Isabela para presentarse al almirante á recibir el castigo que les impusiese.

Partieron, en efecto, con Miguel Diaz los seis amigos que habian presenciado el lance, resueltos á obedecer á Ojeda.

Pero uno de ellos, parando á sus compañeros en medio del camino:

—Somos unos menguados, les dijo; vamos á entregarnos como unos corderos, y la penitencia va á ser mucho mayor que el pecado. Ya conoceis la severidad de Colon. O nos con-

dena á vivir en el agua cargados de cadenas, ó nos envia con la primera expedicion á España.

—Hágase su voluntad, dijo otro; hemos sido culpables, expiemos nuestro delito.

—Yo, por mi parte opino, añadió el primero, que debemos jugar el todo por el todo. Somos siete; estamos bien armados, los indios temen á los españoles. En vez de ir á buscar á Colon, vamos á trasladarnos á una ciudad muy apartada de la colonia.

—Sí, sí, exclamó Miguel Diaz; exploremos la parte de la isla en donde no han entrado nuestros hermanos, extendamos el dominio de nuestras armas, y de este modo nos libraremos por de pronto del castigo, y lo trocaremos en un premio si obtenemos buen resultado en nuestra expedicion.

—Es que pueden volverse las tornas, dijo otro. Si encontramos una partida de indios superior en número á nosotros, van á vengarse de las derrotas que han sufrido.

—¿Qué importa? Entre vivir encadenados ó morir peleando, prefiero lo último.

—Pues en marcha.

Y aceptando todos esta resolucion, comenzaron á caminar sin rumbo fijo, pero en direccion opuesta á la de la Isabela, no encontrando ningun obstáculo, porque los indios que hallaban al paso, ó huían despavoridos al verlos, ó amedrentados corrian á prestarles toda clase de auxilios, ofreciéndoles abundantes provisiones.

Llegaron, pues, al cabo de cuatro dias de camino, á una poblacion india en la costa del Sur, cerca de la desembocadura del rio Ozema, en donde hoy se levanta la ciudad de Santo Domingo.

En aquella region de la isla reinaba una mujer, llamada Aimohila, que en el lenguaje del país queria decir *Perta del Torrente*.

Apartados del teatro de la guerra, á unas cincuenta leguas de la colonia, tenian, sin embargo, los habitantes de aquella poblacion noticia del poderio de los españoles.

Pero como hasta entónces no habian sufrido las consecuencias de su dominacion, se mostraron afectuosos con los recién llegados y los hospedaron, colmándolos de atenciones.

Aimohila fijó sus ojos en Miguel Diaz.

La abrasadora mirada del aragonés encendió su pecho.

Desde aquel momento fué sagrado para sus vasallos.

Era Aimohila una de las indias más hermosas que habia visto Miguel Diaz desde que estaba en la Española.

Tenia ojos azules, cosa rara en las indias, y sus formas parecian modeladas por un escultor griego de la antigüedad.

Carecia del aspecto varonil que caracterizaba á Anacaona.

Su dulce mirada, su actitud humilde y bondadosa, le hacian avasallar, pero no por temor, sino por el afecto.

Con su natral candidez manifestó desde el primer momento á Miguel Diaz el amor que le habia inspirado, y mandando que fuera á su presencia, y rogándole que se sentara á sus piés, fijó en él su dulce mirada, acarició sus cabellos, besó sus manos, y ébria de gozo:

—Tú eres, le dijo, el esposo que yo he soñado; mi corazón late por tí; todo cuanto poseo es tuyo: abandona á tus hermanos, vive conmigo y serás rey en mis dominios. Los españoles que te acompañan, colmados de mercedes, no echarán de ménos su patria; mis vasallos trabajarán para tí; yo velaré tu sueño; yo haré que la alegría reine en tu corazón; el venerable butio que ha guiado mi infancia y los primeros días de mi juventud, bendecirá nuestra union.

Habia tanta sinceridad en las palabras de la india, revelaba sus sentimientos con una efusion tan grande, que Miguel Diaz no pudo ménos de participar de aquel amor y acceder á

los ruegos de la reina, prometiéndola verdaderamente ser su esposo.

Aimohila era el ídolo de sus vasallos.

Desde muy niña habia quedado huérfana; pero todos habian respetado como soberana á la hija de su cacique, y hasta el mismo Guacanajari habia dejado en completa libertad sus Estados.

Su territorio se llamaba *la mansion de la paz y del amor*.

Diaz manifestó á sus camañeros lo que pasaba, y aplaudieron su determinacion.

Buen cristiano el aragonés, habló á Aimohila de su religion, y ella le prometió abrazarla y hacerla profesar á todos los indios.

Las bodas de Miguel Diaz y de Aimohila se celebraron con gran pompa, y el amor que habian sentido en su corazón se aumentó en ella impulsada por su admiracion en él por la belleza de alma de la reina india.

Trascurrieron dos meses, en los cuales la felicidad que sonreia al bizarro aragonés le hizo olvidar su patria.

Pero sus camaradas no vivian tan contentos como él, aunque podia decirse que eran los verdaderos señores de aquella parte de la isla, y renovando en Miguel los recuerdos de España, los triunfos de la guerra, las esperanzas de la expedicion, le comunicaron su tristeza.

Aimohila hacia todo lo posible para destruirla.

Las vírgenes cantaban en su presencia melancólicos arcos, y bailaban, para alegrarle, las danzas del país.

Los mejores frutos constituian sus víveres.

Aimohila se desvivía por hacerle dichoso.

Pero su tristeza aumentaba.

Dotada la reina de gran penetracion, no tardó en comprender la causa de aquella melancolía.

—Echas de ménos á tus hermanos, le dijo. Quisieras volver à su lado, pero al mismo tiempo me amas, y esto causa tu tormento. Hay un medio para que se realice tu deseo y el mio.

Yo te amo más que á mi vida. Por tí estoy resuelta á hacer los mayores sacrificios.

Habeis venido á conquistar la isla, os habeis apoderado de los Estados de Guacanajari y de Guarionex. Llama á tus compatriotas, que vengan tambien á dominar los míos; yo les brindo con la paz, seré su esclava; pero que no me separen de tu lado, que respeten nuestro amor, y yo cambiaré gustosa por él mi corona de reina.

Miguel sabia que si los españoles llegaban allí, la convertirian en esclava, y no reconocerian el lazo que ligaba sus corazones.

La india repetia sus súplicas.

—Yo sé, le dijo al fin, que amais el oro. Lo habeis buscado en el Cibao, en el rio Jánico y en el Inca; pero en ninguna parte de la isla hay un oro tan puro como el que yo poseo. Ven, ven conmigo, añadió. Vas á ver mi tesoro, y te lo ofrezco para que se lo brindes á tus hermanos. Cuando sepan que existe vendrán aquí, estarán á tu lado, te devolverán la alegría que has perdido, y yo al verte contento seré la más feliz de las mujeres.

¡Oh! Aimohila amaba de verdad á Miguel Diaz.

CAPITULO XLII.

Las minas de Hayna.



MIGUEL Diaz, gujado por Aimohila, salió de la ciudad por la orilla del Ozema, y la reina india le llevó hasta la falda de una montaña que separaba su territorio del que á la sazón ocupaban Guaorocaya y Anacaona.

Un anciano indio salió al encuentro de su reina, y despues de saber el objeto de su llegada, les guió hasta una gran abertura que habia en la roca.

—Aquí están mis ricas minas de oro, dijo Aimohila á Miguel Diaz.

Y por órden suya presentó el indio al jóven aragonés grandes fragmentos de aquel rico metal.

—Todo esto es tuyo, todo esto es de tus hermanos, dijo la enamorada reina á Miguel Diaz.

El aragonés estaba asombrado.

Era imposible una fortuna mayor que la que él habia alcanzado.

Podia decir que él era el que habia conseguido el objeto de la expedicion.

Al volver á la ciudad comunicó á sus camaradas el descubrimiento que habia hecho, y todos disertaron acerca del partido que debian tomar.

—Eso basta, dijo uno de ellos, para alcanzar nuestro perdón.